

# LATINOAMERICA Y LA VIOLENCIA

por  
**JUAN  
MOZZICAFREDDO**

AMERICA LATINA no sale de su asombro. ¿Qué es toda esta sucesión ininterrumpida de actos de violencia, secuestros, detenciones, células terroristas, etc.?, se pregunta, seguramente, todo hombre de este continente. La respuesta viene rápida, fácil y esclarecedora, por parte de los gobiernos: tanto Brasil, Guatemala como Argentina, están invadidos por guerrillas dirigidas desde La Habana, para atentar, dicen, contra los más caros valores de la civilización occidental. Tal es la respuesta de los gobiernos a los interrogantes de las poblaciones. A poco de pensarla, se ve claro la simplificación en que cae. Es que las mayorías de las políticas de América latina se han caracterizado, siempre, por descubrir los hechos cuando éstos ya se produjeron: el comentarista económico Prebisch, cita "La Razón" el día 10 de abril, se alarmó por la región: "Si no se adoptan urgentes y radicales soluciones en Latinoamérica, sobrevirá el cataclismo". Necesitó más de 60 años y unos 40 dedicados a la labor pública para darse cuenta de algunas cosas, que suceden por estas latitudes.

Muchos, aún hoy, no alcanzan a penetrar en la complejidad de este nuevo fenómeno: la violencia. Es necesario tener en cuenta el marco donde aparece esta forma de lucha. Latinoamérica permanece aún hoy en estado de subdesarrollo, perjudicada económicamente por la relación de términos de intercambio, por la influencia expoliadora de las corporaciones financieras extranjeras —de cada 1 dólar que se invierte, se remiten al país dueño de las empresas, 5 dólares, según declaró el último Congreso de la CEPAL, reunido en Chile—, por la dirección económica impuesta por los monopolios extranjeros —las únicas industrias posibles para nosotros, son la industria liviana y la producción de materias primas, según tratan (y lo consiguen) de demostrar a los gobernantes—. Naturalmente que este marco económico, por demás conocido, incide predominantemente en las relaciones políticas y sociales: la injusta distribución del

ingreso, el marginamiento social y la desocupación permanente son índices elocuentes y demasiado conocidos. Se suceden los gobiernos de minorías que pugnan por mantener la situación "tal como se presente y lo permite la realidad", ya sean civiles o militares practican impúnemente la teoría de que el pueblo sabe votar y que las "élites" preservan las purezas de las naciones de elementos expúreos, que curiosamente, casi siempre coincide con las mayorías nacionales.

Dentro de este contorno es necesario, entonces, analizar la violencia. Esta se encuentra siempre en el fondo de toda actividad social o política; lo que nos preocupa, hoy, es haberla elegido como alternativa política. Se ha convertido en un camino "legitimado" para tomar el poder, y lo importante es descubrir por qué.

## PROCESO POLITICO:

Tres hechos políticos se han consolidado en estos últimos tiempos en cada nación de Latinoamérica: a) La dominación del aparato estatal por parte de las fuerzas armadas —en los gobiernos militares, abiertamente, y en los civiles, con la entrega del poder condicionado por los mandos militares—; el desplazamiento de las industrias nacionales —débiles en su mayoría— por los monopolios internacionales, y los factores de poder, tanto financiero como agrario, vinculados a mercados internacionales. En esta trilogía se asienta, hoy, el poder. Una sociedad hermética y con disposición para continuar siéndolo, a pesar del marginamiento político y el estancamiento económico. El primer hecho es, entonces, el acrecentamiento del poder estatal y su ligazón a una reducida minoría. b) La pérdida, absoluta y total, de la escasa representatividad que poseían los partidos políticos y en algunos casos el sindicalismo, para convertirse en un poder alternativo capaz de romper el "statu quo", y c) la ausencia de canales políticos viables y normales para acceder al poder. Esta circunstancia política —la imposición de una

forma de sociedad— es evidentemente perpetrada sin el consenso de la mayoría de los países de Latinoamérica, y aquí podemos percibir, en la imposición, cómo la violencia no se anida sólo en las células terroristas o en los secuestros de diplomáticos: la violencia de un orden social, como el de hoy, es más difusa, sutil, pero más férrea que la violencia de actos terroristas, más estruendosa, pero políticamente débil. La violencia, vemos entonces, reconoce otras causas que la mentada "expansión guerrillera de La Habana" o de grupos "antisociales y totalitarios".

Evidentemente, la moda de secuestros es la táctica más ruidosa de esta forma de lucha, naturalmente por el poder político, pero no es la única ni la primera que se da. Para muchos grupos de combate los secuestros han sido utilizados como primer hecho político; antes sólo se dedicaban a hechos delictivos, y como tal han mostrado su eficiencia: perturbar a los gobiernos, despertar a la población, mostrar el trato de las fuerzas represivas (la policía) y difundir sus comunicados. Pero también han mostrado su fracaso: confundir el secuestro con un fin en sí mismo, cuando no es más que un medio para obtener determinadas concesiones.

El crimen político de Guatemala es ilustrativo en este sentido; ha sido una muerte injusta. No es que han debido llevar su acción hasta el final y obedecer a su lógica de violencia: el secuestro es un arma disuasoria, una táctica, pero no un fin en sí mismo. Y por otra parte, fracasan en un objetivo de vital importancia para su supervivencia; la unidad de todas las fuerzas de combate; existen innumerables organizaciones de combate en un mismo país, y hasta en una misma ciudad, que, desorganizadas, resultan ineficientes. Dicho esto como un análisis imparcial, sin considerar si es o no el único camino que tiene Latinoamérica para su liberación. Lo que hemos querido analizar es por qué se ha legitimado la violencia y cuáles son las causas que la producen.

Cuando un sistema socio-político utiliza la fuerza como "ultima ratio" para permanecer en el poder y no concede apertura política, manteniéndose como una poderosa minoría marginada de las necesidades reales de las sociedades, está utilizando la violencia, y al hacerlo, la legitima. Ya nadie, entonces, puede asombrarse que cada cual se haga dueño de ella y la utilice como arma política. ♦

## "Cuando se cometen injusticias..."

"LOS OBISPOS argentinos afirmamos que el ejercicio de la virtud de la justicia se encarna en la vida entera de la sociedad. No basta, por tanto, dar a cada uno lo suyo en un plano meramente individual.

El pecado se da siempre en el interior del hombre, que por su libertad es capaz de rechazar el amor y de instalar la injusticia. Pero del corazón del hombre pasa a sus actividades, a sus instituciones, a las estructuras creadas por él.

Por ello, cuando Dios revela su designio divino, como plan para los hombres, la justicia aparece en su pedagogía no sólo como un don divino o virtud personal sino también como un estado del Pueblo, como un modo de ser del mismo, hasta tal punto que el Pueblo todo es el que está en situación de pecado cuando se cometen injusticias, se las consiente o no se las repara".

"Como la vocación suprema del hombre es una sola: la divina, la misión de la Iglesia es también una sola: salvar integralmente al hombre. En consecuencia, la Evangelización comprende necesariamente todo el ámbito de la promoción humana.

Es, pues, nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de las estructuras injustas y opresoras generadas por el pecado".

"Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y el social".

"Hacemos notar que subsisten condicionamientos que agudizan la injusticia: a) la concepción moralmente errónea de la economía global y de la empresa que hace del lucro su única o preponderante razón de ser; b) la subordinación de lo social a lo económico impuesta por la acción de fuerzas foráneas, de sectores y grupos internos de opresión y que se manifiesta en los desequilibrios regionales, en las migraciones internas y en las racionalizaciones que provocan desocupación e inseguridad".

(Episcopado argentino. Declaración de San Miguel, abril 1969, IV. Justicia, Conclusiones 1-4). ♦